

dar cirios: metíase en él Rivero, y ellas tirando, le subían hasta el balcón; pero sucedió que una noche estando en esta ascensión, las forzudas jóvenes fueron sorprendidas por el cerero; aturdiéronse, dejaron de tirar, y el galán aéreo cayó al suelo, sin sufrir afortunadamente más percance que un tremendo batacazo; y eso que el balcón estaba en un piso segundo. Me contó D. Nicolás la aventura con tal convicción y seriedad, que yo no me atreví a decirle que este sucedido se parecía mucho al de Manolito Gázquez, cuando con el hilo de baba que se le caía, enganchó a un hombre y le subió a lo alto de la Giralda de Sevilla.

Desde el café de la Perla, solía Rivero ir a la cocinilla del casino de Madrid, situada en la calle de Arlabán y abierta al público toda la noche, y allí pasaba la última etapa de su trasnocheo. Se servía bien en la cocinilla, aunque caro, lo cual era una ventaja hasta cierto punto, pues por esta causa no era asequible a los trasnochadores de baja estofa. En este *restaurant* nocturno conocí yo al duque de San Lorenzo, al conde de Torrejón, a Tónico Castellá y a otras personas distinguidas: era como una sucursal del casino, y tenía además el aliciente de que algunas veces presentábanse allí trasnochadoras. Como en la cocinilla se resumían las noticias del día, don Nicolás, a instancias nuestras, nos daba su opinión respecto a los sucesos de actualidad, y rara vez se equivocaba. Allí nos predijo el fin del bienio progresista, las fases más salientes de las campañas de Crimea y Africa y la revolución de septiembre. A los dos meses de entrar D. Amadeo de Saboya en Madrid, nos dijo: «Ese rey, sin nobleza y sin pueblo, no puede arraigar: es una planta exótica, sin ambiente arriba y sin tiesto abajo.» De la república decía que era una joven inexperta, que aburrida de sus adoradores les dejaría plantados, como la Marcela de Bretón de los Herreros a sus pretendientes. Posteriormente, cuatro o cinco meses después de la restauración encontré una tarde a Rivero en el café de la Iberia en compañía de Cristino Martos. Ambos hombres políticos disputaban: Martos apostaba a que el primer ministerio de D. Alfonso sería el primero y el último; Rivero replicó: «No quiero ganar a usted la apuesta, porque ya hay rey para rato;» y era que don Nicolás, no obstante ser hondamente liberal, no se hallaba nunca perturbado por la pasión política: su clara inteligencia se sobreponía a sus aspiraciones, cuando no eran factibles, como el sol a las nubes. Era un notable hombre de gobierno, y su primera cualidad la energía y la previsión. Fué alcalde de Madrid a raíz de la revolución, y si bien con alguna merma del erario público, evitó excesos populares, proporcionando distracción y sustento a millares de trabajadores, y decía a propósito de éstos: «Les he puesto el acial.» Fué ministro de la Gobernación y casi limpió a España de bandolerismo. A veces era algo violento de procedimiento, por lo cual no faltó quien le llamara el Narvárez de la democracia.

Rivero, además de su afición al trasnocheo, a las libaciones y a la chanza, tenía otro saliente: era dado a hacer monólogos, y los hacía casi siempre que estaba solo. «El monólogo — decía — está en la naturaleza; la palabra interior escuece: arengar al espacio es abrirse una fuente. Hablar en alta voz y solo es como seguir un diálogo con el dios que lleva uno dentro de sí mismo, y poseer la facultad hermafrodita de servirse a sí propio de auditorio: las ideas propias se sienten mejor oyéndolas.» Alguna vez ponía apodosos siempre exactos y nunca ofensivos: al revolucionario Sixto Cámara, que era blanco y muy rubio, le llamaba *Febo Tangible*; así fué que cuando tuvo noticia de su muerte, produciendo por una insolación, después de lamentarla, añadió: «Febo ha matado a Febo.»

Rivero era aficionado a la milicia y le gustaba describir batallas y sitios de ciudades y fortalezas. Tenía pensado escribir una obra titulada *Táctica militar antigua y moderna*, detallando desde la formación en cuneo o cuña de las huestes y alas, hasta la vencedora estrategia de Napoleón I; pero no se decidía a escribirla, diciendo a este propósito nunca llevado a cabo: «¿Cómo he de describir horrores y desafueros, cuando deseo paz a los hombres de buena voluntad, y que todos lo sean?» En estas descripciones belicosas marcóse más que en nada su decadencia: hacíalas en sus buenos tiempos con una claridad, precisión y colorido que encantaban; y cuando en su vejez, no trasnochando ya, concurría a primera hora de la noche a la penúltima pieza del café Suizo, había dejado de ser el brillante y fácil narrador, repitiéndose y haciéndose un lío. Era devoto de las mujeres: disculpaba sus extravíos y ensalzaba sus cualidades. A propósito de ellas comentaba el *Génesis*. «Dios — decía — creó el universo, y como autor cuidadoso revisó su obra. Al llegar al hombre y al ratón, observó que aquél estaba triste y fargallón, y que éste roía

las raíces de las plantas del Paraíso. «¡Calla! — exclamó el Creador. — ¡Pues he cometido dos tontes!», y las enmendó haciendo nacer a la mujer y al gato.»

Pues bien: ¡cosa notable en Rivero!, estando en buena edad, realizada su agradable figura con el prestigio de su popularidad, que hacía blanco de *avances* femeniles, rodeado en su vida nocturna de todos los vicios, nunca incurría en ninguno, excepto el de la bebida, que en él no lo era. «¿No juega usted, D. Nicolás?» — le preguntaban a veces. — «Jamás, ni a la brisca; — contestaba, — pero tengo hecha mi reputación, sin costarme un cuarto: como en mi vecindad saben que me retiro a las cuatro o cinco de la mañana, no suponen que salgo de hacer penitencia de insomnio en la bóveda de San Ginés, sino de tirar de la oreja a Jorge.» Yo no traté a Rivero en la vida doméstica, pero tengo para mí que debió ser ejemplarísimo padre de familia. Sobrevino la restauración, prevista por él, como otros muchos acontecimientos, y se arrinconó: no quiso como algunos locos *hinchar el perro*, es decir, mezclarse en conspiraciones y algaradas de imposible realización. La vejez debilitó sus facultades intelectuales. Cada vez se retraía más de hablar de política, como si sintiera pesadumbre por no ver realizados sus ideales democráticos, ó remordimiento por haberlos propalado. Como buen andaluz injerto en madrileño, siempre fué

aficionado a inteligente en toros, y últimamente acreció su afición a iba hasta a las corridas de novillos. Olvidó su muletilla de Juan Pastor, el torero, y sin saber por qué, la sustituyó con la de Bona, el cojo, ya mencionado. Era éste un escritor de economía política, de no vulgares conocimientos, que tenía hábito de faltar a la verdad y que andaba ayudándose de dos fuertes y ruidosas muletas. Cuando alguno ponía en duda lo que oía a D. Nicolás, decía éste: «¡Se lo juro a usted por Bona el cojo, y cuenta que este juramento es más solemne para mí que lo era el de la laguna Estigia para los dioses!» A veces resonaba en el café Suizo un golpe lejano: un deseo de asonada exclamaba: «¡Un tiro!» pero Rivero le replicaba: «No, es que se le ha caído una muleta a Bona.» Unos cuantos días le dió por decir que los Bonas (eran tres hermanos) habían celebrado consejo de familia, habiendo determinado, como economistas que eran, suprimir las muletas del hermano cojo, de cuyas resultas éste andaba a gatas.

Tal fué D. Nicolás María Rivero. Valía más que su reputación, y la tenía grande. Pudo ser envidiado cuando ocupó altos puestos; pero muerto, no puede haber nadie que le haya tratado que no conserve de él grata memoria.

F. MORENO GODINO

LA ISLA DE MINDANAO

Y LAS ACTUALES OPERACIONES DE CAMPAÑA

Para el perfecto conocimiento de las operaciones de campaña en la isla de Mindanao, operaciones cuyo principal objeto es llevar nuestras armas al corazón de dicha isla y hacer efectivo nuestro dominio sobre los moros rebeldes de la laguna de Lanao, importa conocer algunos datos relativos a tan magnífica posesión, datos en su mayor parte recientes y que



EL EXCMO. SR. GENERAL DE BRIGADA D. JULIÁN GONZÁLEZ PARRADO, general en jefe del ejército de operaciones en Mindanao

por sí solos constituyen un interesantísimo estudio histórico-geográfico. Estos los completaremos con una idea ligera de la campaña, lo suficiente para que el lector se forme sin fatiga ni esfuerzo idea clara de nuestra situación y de nuestra política en aquellas remotas tierras, capítulo este muy poco conocido por desgracia entre los de nuestra historia colonial y que bien merece alguna atención por parte de cuantos no miren con indiferencia el porvenir de nuestra patria.

Mindanao es después de Luzón la mayor isla del Archipiélago Filipino. Forma parte de las islas volcánicas que se extienden desde las Curiles y forman el Japón, las Filipinas, las Molucas hasta Nueva Guinea, y es de figura irregular, semejando un triángulo isósceles. Según la *Memoria* publicada el próximo pasado año por el general González Parrado, a que más de una vez tendremos que referirnos por tratarse del trabajo más reciente que conocemos, comprende con sus islas inmediatas una superficie de 94.000 kilómetros, midiendo sus líneas de mayor extensión 470 de Norte a Sur y 490 de Este a Oeste. (Portugal no mide más de 92.575 kilómetros cuadrados, de suerte que comparados superficialmente éste con aquélla, tiene Mindanao cerca de dos mil unidades más que la parte peninsular del vecino reino.) Cinco bahías magníficas que pueden apreciarse en el adjunto mapa; cuatro grandes cordilleras, de que se derivan algunas más y en una de las cuales, la central, se abre el volcán Apo a 3.343 metros de altura; tres ríos principales, de los cuales el *Pulangi* ó río Grande cuenta 483 kilómetros de curso y más de 60 navegables; cinco lagunas, entre ellas la de Lanao, cuya superficie alcanza a 450 kilómetros cuadrados, y un suelo feraz, cubierto de espesísimos bosques y que encierra una verdadera riqueza mineral, todavía por explotar, testifican la magnitud, hermosura é importancia de esta isla, cuyo dominio no hemos hecho totalmente efectivo.

Los datos concernientes a la población no son